

La Roma del Cardenal Despuig

JOSE ORLANDIS

"Aeternitas Romae"

Antonio Despuig llegó por primera vez a Roma a comienzos del otoño de 1782. Su último día en la Urbe fue el 11 de diciembre de 1809, cuando por imposición de la autoridad imperial napoleónica hubo de abandonar forzosamente la ciudad, tras un período de internamiento en el Seminario Romano. Dos meses después, en febrero de 1810, por orden de Napoleón, Despuig fue conducido a París donde permaneció confinado por espacio de tres años, hasta vísperas casi de su muerte. El capítulo romano de la existencia del ilustre Prelado mallorquín se extiende por tanto, aunque con varias interrupciones, a lo largo de más de un cuarto de siglo, en las dos últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX. Pero en ese cuarto de siglo está comprendido uno de los períodos más agitados y turbulentos de la milenaria vida de la ciudad.

Roma es eterna, pero su eternidad no la libra de conmociones y sobresaltos. Roma conoció en los siglos bárbaros el asalto y la expoliación por obra de los godos de Alarico y de los vándalos de Gensérico. Todavía hoy, el 6 de mayo, se sigue conmemorando en el Vaticano el aniversario de aquel mismo día de 1527 en que, siendo Papa Clemente VII, la Urbe fue tomada y saqueada por los "lansquenetes" alemanes y los soldados españoles de Carlos V, a las órdenes del Condestable de Borbón. Por dos veces, en tiempo de Despuig, Roma presenció la entrada hostil de los franceses: en 1798 fueron las tropas revolucionarias del Directorio y en 1808 el ejército imperial de Napoleón. En ese mismo siglo XIX, en 1870, por la brecha de Porta Pia irrumpieron en la ciudad los soldados piamonteses que acabaron con los Estados Pontificios. En nuestro siglo -permítaseme el recuerdo- me tocó en suerte ser testigo de dos "conquistas" de Roma, en el curso de la última Guerra Mundial: en septiembre de 1943, cuando fué tomada por la "Wehrmacht" del III Reich, y en junio de 1944, al ser ocupada por los ejércitos aliados. Todas estas convulsiones han dejado su impronta en la historia de la ciudad, pues la "eternidad" de Roma no es sinónimo de impasibilidad. Roma, cuando le llega la hora de prueba padece, tiembla y se estremece; pero no perece, y al cabo de un tiempo -la historia lo acredita- las aguas se remansan y vuelven a su cauce. En eso está, justamente, la clave de la "eternidad" de la Urbe.

Las estancias en Roma de don Antonio Despuig

Un primer paso para rehacer el cuadro histórico de la Roma del Cardenal Despuig ha de ser la fijación con la mayor precisión posible de los tiempos que don Antonio pasó en la ciudad. Diez meses aproximadamente duró su primera estancia, desde septiembre de 1782 a julio de 1783. La permanencia más larga -casi siete años- desde abril de 1785 a febrero de 1792 -corresponde al período en que fue auditor del tribunal de la Sacra Romana Rota. Llegó otra vez a Roma en mayo de 1797, como miembro de la comisión integrada también por el cardenal Lorenzana y el arzobispo Múzquiz, enviada por Carlos IV y su gobierno para visitar

a Pío VI y socorrerle en sus aflicciones. Era cuando ya se preveía la inminente acción de los franceses contra el Papa, que fué aprehendido en febrero de 1798 y conducido en penoso cautiverio hasta su muerte en Valence sur Rhone, en agosto de 1799. Despuig en esta ocasión estuvo año y medio en Italia, pero buena parte de ese tiempo lo pasó fuera de Roma y regresó a España desde Pisa, antes de que finalizase el 1798, después de haber dispuesto lo necesario para sostener a sus expensas las necesidades personales del Papa cautivo.

La muerte de Pío VI abrió un dramático interrogante en la vida de la Iglesia. El alcalde republicano de Valence certificaba la defunción "del llamado Juan Angel Braschi, que ejercía la profesión de Pontífice" y añadía con la suficiencia satisfecha del anticlerical mediocre que había muerto el último de los Papas. Ocupada como estaba Roma por los soldados del Directorio e incorporada a la República italiana, Pío VI había dispuesto que el Cónclave para elegir sucesor pudiera reunirse en "cualquier territorio de un príncipe católico". Venecia, en poder del Emperador de Austria, fue escogida y allí estaba ya Antonio Despuig en octubre de 1799, ahora como patriarca de Antioquía, después de su renuncia al arzobispado de Sevilla. A pesar de las difíciles circunstancias, treinta y cinco cardenales pudieron reunirse en Venecia y el 12 de diciembre dió comienzo el Cónclave. Tres meses más tarde, el 14 de marzo de 1800, el cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti era elegido Papa y tomó el nombre de Pío VII.

El nuevo Pontífice hizo una entrada triunfal en Roma el 3 de julio de aquel año 1800, y desde esta fecha hasta su viaje a Mallorca, a finales de verano de 1804, Antonio Despuig, creado cardenal con el título de San Calixto, permaneció en Roma y fue arcipreste de la basílica de Santa María la Mayor. El trienio mallorquín hubo de significar un remanso de paz en la agitada existencia de nuestro cardenal, que emprendió el regreso a Roma en mayo de 1807. Allí vivió entonces su último período romano, dos años y medio de crecientes ansiedades que culminarían con su presión y confinamiento. La vida romana del cardenal Despuig llegó pues a su término aquel día de diciembre de 1809, en que salió de Roma para nunca retornar. Mas trazadas ya las coordenadas de las estancias romanas de Antonio Despuig, consideremos ahora cuál y cómo era aquella Roma en que le tocó vivir.

El primer viaje

El futuro cardenal Despuig contaba ya treinta y siete años cuando llegó por primera vez a Roma en el otoño de 1782. Roma no fue pues, para él, un amor de juventud, pero es lícito presumir que la Ciudad Eterna a partir de aquel viaje en plena madurez le ganó el corazón. Me parece obligado llamar la atención sobre la apasionada "romanidad" de don Antonio, un factor que fue a partir de entonces rasgo acusado de su personalidad. Despuig se sentía en casa en sus dos patrias, la de nacimiento, Mallorca, y en Roma, su patria de adopción. En la una y en la otra, y sólo allí, se encontraba a gusto, y a ello supeditó las mismas aspiraciones de su carrera eclesiástica. Una carrera que fue la propia de un "señor" del Antiguo Régimen, de un aristócrata en quien se combinaban, de modo no fácil de entender para quien juzga con mentalidad y categoría actuales, la ambición personal y las aficiones de "ilustrado" con cierta forma de piedad y un indudable afán de servicio a la Iglesia.

El propio deseo de enriquecimiento no parece haber sido nunca un móvil determinante de la conducta de Despuig. Don Antonio gastaba mucho y necesitaba disponer de dinero para mantener su tren de vida, coleccionar libros y obras de arte o atender a las necesidades económicas de Pío VI prisionero y tal vez las del Cónclave de Venecia. Pero ello no fue óbice para que renunciase al Arzobispado de Sevilla, uno de los cargos eclesiásticos con más pingües

rentas de la Iglesia española de entonces, cuando la Corte deseó el cargo para el Infante don Luis de Borbón. Y quizá renunciara sin demasiado sentimiento, porque la cabeza y el corazón de Despuig estaban en Roma y era allí donde aspiraba a culminar su carrera, bien como cardenal de Curia o incluso, si la ocasión se terciaba, como embajador de España, en lugar de don Nicolás de Azara. ¿Y cual era -conviene preguntarse- aquella Roma que cautivó a don Antonio Despuig y donde transcurrió en su mayor parte la segunda mitad de su vida? Tratar de evocarla, aunque sea a grandes rasgos, puede contribuir a un mejor entendimiento de la figura y de la biografía del cardenal de Mallorca.

La vida religiosa y social

La Roma que conoció y vivió Antonio Despuig durante los siete años que pasó allí como auditor de la Rota fue la clásica Roma papal del Antiguo Régimen. La misma ceremonia de inauguración de sus actividades rotales refleja con fidelidad el ambiente y las tradiciones de la Curia. El acto tuvo lugar en el gran salón del palacio de la Cancillería, que hoy sigue siendo sede del tribunal. Un palacio espléndido, construido a principios del siglo XVI por el cardenal Rafael Riario y que pronto le fue expropiado a consecuencia de una de tantas alternativas de la intrincada política de la época renacentista. Nada menos que diez y ocho cardenales, más una legión de auditores, prelados, religiosos y abogados consistoriales escucharon al nuevo auditor por la Corona de Aragón la exposición de las conclusiones extraídas del texto canónico que correspondió. Y es que en aquella Curia un auditor de la Rota era un personaje importante y Despuig hubo de montar su casa al nivel que demandaba el cargo: con ocho o diez "familiares" domésticos y servidores y media docena de vehículos, entre carrozas y coches para ser utilizados según demandasen las conveniencias del protocolo.

La vida religiosa y la vida social eran muy intensas en la Roma del Antiguo Régimen. La época del Barroco había poblado la ciudad de un sinfín de templos -basílicas, iglesias y oratorios- servidos por monjes, frailes o religiosos, y el numeroso clero romano. Cofradías y gremios tenían también sus propios templos, y en todos ellos se celebraban frecuentes actos de culto, en las muchas fiestas del Calendario litúrgico o de sus santos Fundadores, Intercesores y Patronos. La vida de sociedad corría pareja con la religiosa y tenía por principal escenario los grandes palacios de la nobleza romana. Si Despuig hubiera llegado a la Urbe algunos años antes, habría podido asistir a los conciertos de un jovencísimo y ya afamado músico, Wolfgang Amadeus Mozart, en los palacios Chigi, Odescalchi, Colonna y Doria, unos conciertos a los que no faltó ni el mismo Cardenal Secretario de Estado. La "fiesta" romana llegaba a su culmen en el Carnaval, con una vertiginosa sucesión de cortejos, pantomimas y representaciones teatrales, en el marco inigualable de "piazza" Navona o del Corso.

El entusiasmo por el Arte Clásico

El ambiente artístico de la Roma de Pío VI estaba dominado por el entusiasmo hacia lo clásico, fomentado por los estupendos hallazgos, fruto de las excavaciones llevadas a cabo por aquellos años. La excavación de Herculano y luego la de Pompeya, en la misma región de Campania, la de la Villa Adriana en la campiña del Lacio explican sobradamente ese fervor hacia la Antigüedad al que también hubo de contribuir la reciente apertura del Museo Vaticano. Antonio Despuig no se contentó con ser mero testigo del trabajo de los arqueólogos sino que

decidí lanzarse él mismo a la apasionante búsqueda de los tesoros del mundo antiguo. Lo intentó y le acompañó la suerte, gracias a la afortunada adquisición de la finca de Ariccia, cerca de Albano, que había pertenecido a Mr. Hamilton, pintor y anticuario escocés. En Ariccia, como es sabido, se encontraron en abundancia estatuas, esculturas y otros restos arqueológicos que serían luego traídos a Mallorca para constituir la base de la ornamentación de Raixa y del museo que acogió las obras de arte. Las pinturas, la espléndida colección de libros, el rico monetario y piezas tan extraordinarias como la carta hidrográfica de Américo Vespuccio ponen de manifiesto tanto la inquietud cultural de Antonio Despuig como su intuición y fina inteligencia.

El descubrimiento de tantos tesoros del Arte clásico dió vida al Neoclasicismo, que tuvo por cuna Roma, aunque sus manifestaciones más importantes haya que buscarlas en otras ciudades europeas e incluso americanas. El arquitecto por excelencia del Neoclásico romano, floreciente en tiempo de Despuig, fue Giuseppe Valadier, al que la ciudad debe la espléndida plaza "del Popolo", y que más tarde ordenaría los jardines del "Pincio", con la "casina Valadier" que perpetúa su nombre. Bajo Pío VI se construyó también el último palacio de "familias papales" levantado en Roma, el Palacio Braschi. Es también el único de estilo neoclásico, pues los otros palacios de "familias pontificias" -Borghese, Barberini, Doria, Chigi, Odescalchi, etc.- pertenecen a la época del Barroco. Pero en Roma la huella del Neoclásico fue particularmente notable en Escultura. En tiempos de Despuig -y hasta bien entrado el siglo XIX- sobresalió el gran Antonio Canova, con sus monumentos sepulcrales en la basílica de San Pedro de los Papas Clemente XIII, Clemente XIV y Pío VI, y la tumba de los últimos Estuardos. Canova fue también autor de obras famosas directamente inspiradas en los modelos clásicos greco-romanos, entre los cuales bastará recordar, a título de ejemplo, las estatuas de Leticia Bonaparte como matrona romana y de Paulina Bonparte Borghese, como Venus victoriosa.

Política eclesiástica y temporal

La Roma del Antiguo Régimen que conoció Antonio Despuig, aunque muy anclada en el pasado, no dejaba de tener sus preocupaciones y problemas. En el terreno de la política eclesiástica, el Pontificado había sufrido -y seguía sufriendo- el doble asalto de la Ilustración anticristiana y del Despotismo ilustrado. El Regalismo borbónico había arrancado a Clemente XIV la disolución de la Compañía de Jesús, pero no por ello había remitido la enemiga más o menos abierta hacia el Papado. En 1782, el año del primer viaje de Despuig a Roma, Pío VI se había trasladado a Viena con el fin de intentar frenar, aunque no lo consiguiera, las abusivas intromisiones del emperador José II en la vida de la Iglesia, el llamado "Josefismo". Más cerca de la Urbe, el gran duque Leopoldo de Toscana, hermano del emperador, abrigaba parecidas intenciones y alentaba las doctrinas episcopalistas del obispo Escipión Rici y de su sínodo de Pistoya. En 1786, la contestación frente a Roma rebrotó con violencia en el mundo eclesiástico germano con las "Puntuaciones" de Ems, un memorial suscrito por los arzobispos de Colonia, Tréveris, Maguncia y Salzburgo, impregnado de "episcopalismo" y de animosidad frente a la Curia.

La política en Roma tenía también una vertiente secular, la relacionada con la vida pública de la ciudad y de los Estados Pontificios. La elección de Pío VI había sido acogida con entusiasmo por el pueblo, porque le acompañaba una fama merecida de buen administrador y de haber saneado la Hacienda papal cuando ejerció el cargo de tesorero de la Cámara

Apostólica. Una vez elegido Papa, siguió preocupándose del bienestar temporal de sus súbditos, con mejoras urbanísticas en la capital, medidas de fomento de la agricultura y en especial con un nuevo impulso a las obras de desecación y saneamiento de las marismas Pontinas, que habían sido durante siglos un foco de paludismo para la Urbe. Estas indudables mejoras se veían sin embargo oscurecidas por el viejo vicio del "nepotismo", y en Roma serían comidilla cotidiana los favores y ventajas dispensados por Pío VI a sus sobrinos Braschi. El "Pasquino", la célebre estatuilla convertida desde antiguo en foro de la sátira política, tuvo ocasión de conocer un sinfín de "pasquines", denunciando los negocios y abusos de los parientes del Papa.

Lugar de refugio

La Roma del Antiguo Régimen fue a menudo lugar de refugio y acogida de personas que por distintas razones habían tenido que abandonar sus patrias de origen, y esta noble tradición se mantuvo viva durante los pontificados de Pío VI y Pío VII. Allí, como convecinos de Despuig, moraban los últimos Estuardos, Jacobo, Carlos y Enrique y su monumento sepulcral en San Pedro -al que se hizo ya referencia- recuerda que en Roma se extinguió la legítima dinastía católica de los reinos de Inglaterra y Escocia. En la Roma de Despuig permanecían muchos antiguos jesuitas que soñaban con una restauración de la disuelta Compañía; uno de ellos era el mallorquín P. Pou, cuya correspondencia con su ilustre paisano fué editada por Batllori. Pero la generosa hospitalidad de la Roma de los Papas alcanzaría su más limpia expresión años después, a la caída del Imperio napoleónico.

Después de Waterloo, cuando el nombre de Napoleón era maldecido en toda Europa y sus parientes, convertidos en unos parias, eran rechazados por doquier, la Roma papal les abrió sus puertas. Pío VII acogió paternalmente a la familia del emperador que le había arrebatado los Estados Pontificios y a él mismo le tuvo cinco años en prisión. Leticia, madre de Napoleón, sus hermanos Luciano, Jerónimo y Luis, su tío el cardenal Fesch, todos hallaron un lugar de seguro refugio en la Roma de Pío VII. Recuérdese que en este siglo XX, en una Roma que ya no era papal pero que seguía viviendo a la sombra de la cúpula de San Pedro, fué a morir Alfonso XIII, el rey exiliado que cerró un capítulo de la historia de la Monarquía española; y en Roma había nacido pocos años antes su nieto Juan Carlos I, que estaba destinado a inaugurar otro nuevo capítulo de aquella misma y secular historia.

Viajes por Italia

El septenio romano de Antonio Despuig como auditor de la Rota tuvo por principal escenario la Urbe, pero no transcurrió todo él dentro del recinto de los "Mura Aureliane", que circundaban a la ciudad. Don Antonio viajó por Italia y recogió interesantes impresiones de la vida en otras ciudades, que completan la visión de la sociedad peninsular del Antiguo Régimen en vísperas de su inminente declive. En Pisa, junto al "Campanile" catedralicio, le llamaron la atención dos columnas que, según se decía, procedían de Mallorca, de donde habrían sido traídas por los pisanos al retorno de su expedición a la Isla. Mantua sorprendió al viajero por el elevado nivel cultural de su aristocracia ilustrada, en la que sobresalía cierta marquesa Bianchi, que le invitó a comer en su casa. En Bolonia visitó al que había sido célebre cantante Farinelli, en los umbrales ya de la senectud; y comió invitado por el P. Pignatelli -

el futuro san José de Pignatelli- en su casa "que tiene -recuerda Despuig- algunas pinturas buenas". En Florencia, que le deslumbró por su belleza y los tesoros de arte que encerraba, fue recibido en audiencia por el gran duque Leopoldo y conversó con él durante diez minutos en los salones bajos del palacio de Pitti. Pero la impresión más viva que recibió don Antonio fue la que le produjo la visita a Venecia.

Las notas tomadas allí constituyen un interesante documento sobre la vida y costumbres de la sociedad veneciana, cuando aún subsistía la célebre República de los Dogos y la ciudad no había comenzado a sufrir ocupaciones extranjeras. El marqués de Esquilache era el embajador de España y a Despuig le llamó la atención la intensa vida de relación social existente entre los diplomáticos allí acreditados. La razón de esas relaciones no era otra que la radical separación existente entre el patriciado véneto y las representaciones extranjeras, dictada por la preocupación de salvaguardar la independencia de la República. El rigor llegaba hasta el extremo de que un gentilhomme que conversó por inadvertencia con la marquesa Malaspina, embajadora de Nápoles, corrió a disculparse ante el Senado, para evitar que el Consejo de Estado le sancionara. Pero tan severa segregación quedaba curiosamente mitigada por la costumbre que según Despuig tenían los venecianos de "ir medio año de máscara". Patricios y embajadores acudían con antifaz a los teatros y bailes y al amparo del disfraz eran posibles muchas cosas que nadie hubiera osado intentar a cara descubierta. La sociedad veneciana era noctámbula y los convites y recepciones solían comenzar a las dos de la madrugada, para prolongarse hasta la mañana del nuevo día.

Bajo el signo de la revolución

Cuando don Antonio Despuig abandonó Roma en febrero de 1792, para tomar posesión del obispado de Orihuela, los acontecimientos de Francia aparecían ya como una nube de tormenta que se alzaba amenazadora sobre aquella sociedad del Antiguo Régimen, destinada a conocer muy pronto un largo período de convulsiones revolucionarias. La Roma que Despuig conoció en sus posteriores estancias era tan distinta a la de sus años de auditor de la Rota que habría de parecerle otra ciudad. Durante su viaje de 1797 y 1798 le tocó en suerte presenciar los penosos tiempos finales del pontificado de Pío VI, con la capital ocupada por los soldados franceses del Directorio, expoliada a conciencia de tesoros y obras de arte que eran enviados a París; con el Papa prisionero y los Estados Pontificios integrados en una República italiana. Una turba de colaboracionistas y vividores se apresuraban a uncirse al carro del nuevo amo, y entre ellos figuraba en primera fila Braschi, el sobrino tan favorecido por Pío VI que, a modo de alcalde revolucionario, lucía ostentadamente sobre el pecho una banda con el tricolor francés.

El último período de la vida romana de don Antonio Despuig se extendió entre 1800 y 1809: una década interrumpida por casi cuatro años de permanencia en Mallorca. Llegado a Roma en pos de Pío VII, recién elegido Papa en Venecia, el patriarca de Antioquía se convirtió en 1803 en el cardenal Despuig. La púrpura fué el coronamiento de su carrera eclesiástica y revestido de ella, los años en su tierra mallorquina hubieron de ser para Despuig pródigos en satisfacciones. Pero la púrpura cardenalicia tiene un sentido simbólico arduo y exigente: ese color significa que los cardenales han de estar dispuestos a servir a la Iglesia y al Papa *usque ad effusionem sanguinis*, hasta derramar su sangre. La Roma de Pío VII, que en los primeros años de armónicas relaciones con Napoleón pareció recobrar la paz de los buenos tiempos del Antiguo Régimen, cambió de faz cuando aquellas relaciones se agriaron hasta el punto de

llegar a una ruptura violenta. En 1809, el cardenal Despuig sufrió las consecuencias en su propia persona: fue reducido a prisión y comenzó un largo confinamiento. Con el Papa de nuevo en cautiverio, y los Estados Pontificios borrados por segunda vez del mapa, la Roma que dejó atrás para siempre ya no era la Roma papal, la suya. De capital de la Cristiandad había sido degradada al rango de segunda ciudad del Imperio napoleónico y un niño que nacería pronto, el hijo del emperador, llevaría el título de rey de Roma. El cardenal Despuig murió en Luca el 2 de mayo de 1813. Le faltó un año y un mes de vida para haber podido presenciar, el 24 de mayo de 1814, el retorno triunfal de Pío VII a la Ciudad Eterna.